

bombardeo renunciará a todo contacto carnal con él. Sarah es esclava de una época y de una religión determinada, es esclava del deseo y de la represión. Pero ello confiere una espléndida belleza a la novela.

Bendrix es incapaz de comprender el cambio que se ha operado en su amante. Y su amor se transforma muy pronto en odio. A partir de ese momento el juego del amor, del deseo, de la renuncia teje sus hilos y los personajes se hallan prisioneros en una trama en la que lo más importante es el amor con el cortejo que ese sentimiento conlleva: celos, envidia, desasosiego, etc.

La nueva versión de la película nos sitúa ante un producto serio, acabado, nos sitúa frente a una historia de amor difícil de entender por lo que tiene de absoluto, nos sitúa frente a una historia sentimental llena de poesía, de verdad y a la vez de misterio.

Àngels Santa

### **Edith Wharton, *Ethan Frome*, Ediciones B, Barcelona, 1994**

Como sucede con frecuencia Edith Wharton accede a la celebridad a partir de la adaptación cinematográfica de una de sus novelas más representativas, *La edad de la inocencia*.

Se trata de una escritora sensible, notablemente influenciada por la cultura francesa y por contemporáneos suyos tan importantes y famosos como Henry James. No pretendo ser una excepción a la mayor parte de la gente, sobre todo en lo que se refiere a obras un tanto alejadas de mi ámbito normal de trabajo.

También para mí el acceso a Edith Wharton estuvo marcado por *La edad de la inocencia*, aunque tuve la suerte de leer primero la novela y de encontrar luego un eco de la misma, sumamente cuidado y bien adaptado, en la versión para el cine.

*La edad de la inocencia* fue para mí una revelación; se trata de un bello producto, comparable tan sólo, salvando las distancias y las épocas, a *La princesse de Clèves* de Madame de Lafayette. Dos novelas de mujeres, dos novelas en las que el amor, fuerte, profundo y arrollador, se realiza en el terreno del ideal, y en las que la renuncia a su realización física conlleva la sublimación del sentimiento y su elevación a categoría modélica para generaciones venideras. Novelas del deseo y novelas de la renuncia, novelas en las que lo implícito ocupa la escena, adueñándose del desarrollo de la acción.

Tras esa primera lectura, tardé en abordar otro texto de Edith Wharton. Sentía el confuso temor de que fuese la mujer de una sola novela,

como Margaret Mitchell y de que todo lo demás fuesen ensayos, esbozo de esa obra maestra.

Por eso opté primero por las obras autobiográficas, conseguí únicamente su biografía y me quedé con las ganas de leer su correspondencia. Luego, vinieron sus otras obras de ficción, los cuentos, *En las orillas del Hudson* y ahora por fin, *Ethan Frome*. A lo largo de todo este tiempo, me ido formando una idea más clara y precisa de la escritora.

Edith Wharton es una gran novelista; su obra no puede resumirse en un solo título. Lenta pero segura y firmemente, aprendió el oficio de escritora y fue avanzando en este terreno con desenvoltura y capacidad creadora, alcanzando cotas elevadas de maestría en el dominio del arte de la ficción.

*Ethan Frome*, publicada en 1911, constituye su consagración como novelista.

Esta obra ha sido traducida al castellano por José Manuel Álvarez Florez y Ángela Pérez. La han publicado, como la mayor parte de las obras de Edith Wharton, las Ediciones B. La novela se presenta acompañada de un prólogo de la también escritora Soledad Puértolas.

Soledad Puértolas define la atmósfera de *Ethan Frome* como una atmósfera de tragedia. Y la compara al universo descrito por Emily Brönte en *Cumbres borrascosas*.

Ciertamente, existe un paralelismo entre ambas creaciones, el mundo íntimo, desgarrado de los personajes puede compararse, como puede compararse el papel representativo del desolador paisaje que acoge ambas creaciones y también existen reminiscencias formales, como este narrador al que le han contado la triste historia de los protagonistas.

Sin embargo, el personaje de *Ethan Frome* sólo puede despertar en nosotros ternura, conmiseración, dolor, pena. Mientras que muy diferentes y encontrados son los sentimientos que produce Heathcliff, el tenebroso y byroniano héroe de *Cumbres borrascosas*.

Por mi parte, establecería preferentemente una comparación con el universo de Nathaniel Hawthorne, sobre todo con el universo de su gran novela *La letra escarlata*. Los mismos prejuicios, la misma sensación de ahogo, la misma intolerancia, y luego esa atmósfera cerrada, esa atmósfera confinada que lleva irremisiblemente hacia la tragedia.

Porque *Ethan Frome*, como muy bien indica Soledad Puértolas, es una tragedia, la peor de las tragedias porque es la tragedia de la mediocridad. Estamos muy lejos de los héroes paradigmáticos de Racine o remontándonos mas lejos en el tiempo de Esquilo o de Sofócles.

Los protagonistas de la novela de Wharton son seres mediocres, prisioneros de su medio y prisioneros también de un paisaje, bellos por sus ansías y por sus aspiraciones pero incapaces de librarse del lastre de una vida gris, de un universo hostil, de una situación adversa.

Los protagonistas de *Ethan Frome* tienen el coraje de los cobardes, el coraje del suicidio, pero son incapaces de plantarle cara a la vida para conseguir con ello su felicidad y lo que es más importante, su libertad.

Este universo en *huis clos*, a la manera sartriana, tiene a tres protagonistas: Ethan Frome, hombre misterioso, una especie de James Stewart y dos mujeres, Zeena, su esposa y Mattie, la radiante prima de ésta.

Ethan Frome no posee ningún atractivo; no tiene nada que le convierta en un héroe literario; se trata de un hombre marcado por la desgracia; primero la enfermedad de la madre; luego, la enfermedad de la esposa.

Cuando llega para él el momento de la felicidad, no puede o no sabe aprovecharlo. Demasiadas cosas le atan a su pasado, demasiadas penalidades... Pero sobre todo, hay algo que le atenaza con mano de hierro: la falta de dinero. Ethan no será capaz de luchar por su felicidad, como un cobarde más buscará la solución en el aniquilamiento.

Pero hasta esa solución desesperada le sale mal. Y durante lo que le resta de vida Ethan Frome permanece prisionero de la acritud de su mujer y de la imposibilidad de Mattie.

Mattie, que había representado el fulgor primaveral del amor, se convertirá en su carcelera más sombría. A partir de ese momento, Ethan, entre dos mujeres, vivirá el más oscuro de los infiernos, infierno profundo que le aísla del mundo como lo hace la nieve que todos los inviernos cubre durante meses ese pueblo de Starkfield en dónde vive.

Edith Wharton, con una pericia incomparable, nos describe ese universo. Consigue despertar en nosotros la simpatía hacia sus personajes. Ethan y Mattie se convierten en el paradigma del amor espontáneo, juvenil, lleno de insinuaciones y de pudor.

La imposibilidad de ver realizados sus sueños y la tortuosa solución que buscan a esa pasión imposible los elevan al rango de héroes; pero, de manera implacable, Edith Wharton los devuelve a un universo mucho más realista y pagan con una vida mediocre y oscura unos momentos de locura, una felicidad tan sólo entrevista y nunca consumada.

Sobria, austera, la narradora consigue dar vida a un ambiente y a unos personajes, alejados de su mundo.

Con ello se revela una profunda observadora y una gran concedora de los más recónditos recovecos del alma humana.

*Ethan Frome* se caracteriza por una simplicidad casi ejemplar, a pesar de ello se eleva a los más altos tonos de la tragedia y la traduce de manera admirable.

Àngels Santa

### **Clara Sánchez, *El misterio de todos los días*, Alfaguara, Madrid, 1999**

Un libro, como un cuadro, como un disco, adquieren significado y profundidad según el estado de ánimo con que los abordamos, los leemos, los